

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Fernando Savater

El traspíe  
Una tarde con Schopenhauer



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A

*Ilustración:* montaje de Julio Vivas, a partir de una fotografía de Elisabet Ney de 1859 en su estudio y una fotografía de la copia del busto de Arthur Schopenhauer del Centro de Archivos de la Biblioteca de la Universidad de Frankfurt

*Primera edición: febrero 2013*

© Fernando Savater, 2013

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9758-6

Depósito Legal: B. 31189-2012

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*En recuerdo de Pilar Miró*

# El traspie

## DRAMATIS PERSONAE

Doctor Arturo SCHOPENHAUER, filósofo.

Elisabet NEY, escultora.

Margaret SCHNEPP, ama de llaves.

Rodrigo de ZÚÑIGA, viajero y hombre de mundo.

*(Frankfurt, 1859. Salón de la casa de Schopenhauer. Vemos una chaise-longue, un Buda dorado sobre una especie de podio o altarcillo, retratos enmarcados de Kant y Goethe así como de algunos perros caniches. Cuando comienza la obra, Schopenhauer está sentado muy tieso, inmóvil, ofreciendo su perfil a la escultora Ney, que está acabando de modelar su busto en arcilla. El filósofo es un hombre bajo y atildado, de poco más de setenta años. La señorita Ney es hermosa, tiene veinticuatro años y viste totalmente de blanco)*

NEY: Un poco de paciencia todavía, señor doctor. Ya estoy dando los últimos toques.

SCHOPENHAUER: No tengo prisa, *mademoiselle*. Estoy acostumbrado a esperar. ¡He esperado

tanto tiempo! Me había resignado ya a pensar que toda mi fama debía ser póstuma, pero según parece aún va a darme la vida ocasión de asistir a su comienzo. El telón de la farsa se levanta —¡la farsa de mi gloria, *mademoiselle!*— y yo estoy todavía en el escenario, como un tramoyista sorprendido por el comienzo de la función que ha de refugiarse apresuradamente entre bambalinas, azorado por los aplausos del público.

N: ¡Quieto, por favor!

S: Perdone. Mi carácter es vivaz, apasionado. Aún lo sigue siendo, a pesar de los años. El carácter de cada cual es eterno: nos acompaña sin alterarse desde la cuna hasta la tumba. Hay un refrán español que dice «Lo que en la cuna se mama, en la mortaja se derrama», y es muy cierto. ¡Uf, la quietud va contra mi carácter! Me cuesta toda esta inmovilidad, *mademoiselle*, aunque me la exijan gratamente la posteridad y usted.

N: Ya acabo, doctor. Estoy en los últimos detalles... Pero, mientras, hábleme de algo interesante... aunque sin agitarse. No comprendo cómo una obra tan magnífica como la suya ha podido permanecer ignorada durante tanto tiempo.

S: Treinta años, *mademoiselle*, ni más ni menos

que treinta años de silencio. Toda una vida, como suele decirse. Pero a fin de cuentas no me importa. Cuando hago balance, considero que no me las he apañado mal del todo. Sí, créame, he salido bien librado. He hecho mis cálculos, ¿sabe usted?

N: ¿Sobre qué ha calculado, dígame?

S: Sobre la gloria a la que tengo derecho. Verá usted...

N: ¡Por favor, no se vuelva! Siga mirando al frente...

S: Claro, claro...

N: Me hablaba usted de su gloria, doctor.

S: Pues verá, calculo que ha de durar unos ventisiete mil años. Mi teoría es que cada genio ignorado disfrutará entre las generaciones venideras de una fama no inferior al cubo de los años durante los cuales pocos o ninguno de sus contemporáneos le hicieron caso. Como mi obra ha permanecido culpablemente ignorada durante unos treinta años..., pues treinta al cubo hacen...

N: ¡Ventisiete mil años!

S: Más o menos, claro. Pueden entrar en juego imponderables que acorten o incluso alarguen

ese plazo. Pero estoy seguro de que no me equivoco en mucho.

N: En fin, me alegro por usted, aunque en cuanto a mí lamento no poder asistir a tan justa y amplia revancha...

S: Aún es usted muy joven, *mademoiselle*.

N: En efecto, sólo he vivido veinticuatro años pero dudo que se me conceda durar mil veces más.

S: Sin embargo, le aseguro que asistirá usted a mi entronización indiscutible en el Olimpo de la filosofía, junto a Platón y Kant. A mí, en cambio, sólo me queda la satisfacción postrera de ver cómo el proceso se pone en marcha.

N: Ya es suficiente recompensa, ¿no?

S: En cierto modo. En lo tocante al renombre, por triste que sea decirlo, los humanos nunca estamos satisfechos. La fama es como el agua del mar: cuanto más bebemos de ella, más sed tenemos. A este respecto, ya lo ve, no soy mejor que los demás. Le parecerá a usted pueril, ¿verdad? Perdón, vuelvo a moverme.

N: Ya no importa, acabo en un momento. Y le

comprendo muy bien, querido doctor: no reclama usted más que lo que merece.

S: (*Suspirando*) ¡Ésa es mi única excusa! En el fondo, quisiera ser capaz de pensar como Marco Aurelio, quien dijo que preocuparnos por la consideración que hemos de merecer a los hombres del futuro es tan insustancial como lamentar no haber sido conocido por los hombres del pasado. Pero no soy tan ecuánime: la marginación injusta que he sufrido me escuece demasiado.

N: ¡Bah, seguro que Marco Aurelio no era del todo sincero! La prueba es que de todos modos ha obtenido esa fama a la que supuestamente renunció.

S: (*Ríe entre dientes*) Desde luego, seguro que yo no soy menos sincero apeteciendo la gloria que él menospreciándola. Porque la sinceridad absoluta es mi vocación, *mademoiselle*. Cueste lo que cueste, es mi divisa..., incluso diría que mi vicio. Pero en el reino de la hipocresía en que vivimos, ser sincero es correr el mayor de los riesgos...

N: Puede relajarse, doctor. Por hoy hemos terminado.

S: ¡Gracias al cielo o a quien sea! Ya empeza-

ba a sentir calambres. Vamos a ver qué cara voy teniendo. (*Contempla el busto*) ¡Muy bien, excelente! Enhorabuena. Así soy yo. Y así quiero ser recordado. El parecido no es sólo superficial. Realmente ha sabido usted captar algo más hondo, más verdadero...

N: ¿Quizá la nobleza de su espíritu?

S: O la intransigencia fatal de mi demonio, al que yo llamo voluntad. ¡Quién sabe! Le parecerán a usted chocheces de viejo, pero antes de que mi cuerpo desaparezca y los elementos eternos que lo componen vuelvan a su danza infinita para nuevas combinaciones, quisiera dejar constancia fidedigna de cómo soy.

N: Creo que merece la pena y a ello dedico los esfuerzos de mi arte. La forma externa es siempre algo más que mera apariencia: a veces tiene la fuerza de una revelación. Pero en este caso, doctor, debo admitir que su auténtico rostro está en su obra.

S: ¡No, mi rostro no! Mi empeño, mi búsqueda, mi sabiduría incluso, pero no mi rostro. Sin duda lo más importante está en mi obra, pero falta el rostro. Y lo importante se salvará por sí mismo, sin duda...

N: ¡Ventisiete mil años de gloria, nada menos!

S: Exacto. A ese respecto, estoy tranquilo, ya hice todo lo que tenía que hacerse. Escribí mi libro y mi libro se defenderá por sí mismo, para siempre. Pero ahora quisiera ocuparme de mi rostro, por accidental que sea. Pretendo que los hombres que a través de los siglos vayan leyendo el libro contemplen después el rostro, exactamente tal como fue, y murmuren con reverencia y con espanto: «Aquí ocurrió.» Igual que los viajeros conmovidos contemplan la llanura de Maratón o los campos de Waterloo.

N: Grandes batallas ganadas... ¿o perdidas?

S: Ambas cosas, por supuesto. En cualquier caso, lugares que merecen respeto, por el coraje derrochado, por el esfuerzo y hasta por la estupidez ilusa allí empeñada. Este rostro mío devastado es el paisaje después de la batalla, una batalla más grande y más insólita que las libradas por los presuntuosos matarifes a los que levanta estatuas el abyecto populacho. ¿Sabe, *mademoiselle*? No quisiera que las arrugas de este mínimo paisaje fuesen borradas del todo.

N: He hecho lo posible por que no lo sean.

Faltan todavía algunos retoques, desde luego, pero creo que el parecido está logrado.

S: Sin duda, sin duda, y se lo agradezco mucho. Confié en usted desde el principio, a pesar de su juventud, a pesar de...

N: ¿A pesar de ser mujer?

S: A pesar de todos los pesares. Pero no he puesto todos los huevos en una sola cesta, como suele decirse. Para estar más seguro, he tomado otras precauciones. Vea usted. *(Le pasa un manojo de cartulinas, tomadas de un cajón de la cómoda)*

N: ¡Excelentes daguerrotipos! Sobre todo éste: impresiona por su fuerza y casi... casi por su ferocidad. Parece usted un gato salvaje, mi querido doctor.

S: *(Riendo)* ¡Vaya un cumplido! No me gustan tanto los gatos como los perros y detesto el salvajismo, pero en fin... Sí, tiene fuerza, tiene fuego. Es también mi preferido, sin duda.

N: De todas formas, no confío mucho en estas representaciones. Creo que la mano creadora y el ojo certero del artista nunca podrán sustituirse por trucos mecánicos.

S: ¡Completamente de acuerdo! Valoro el busto que usted ha realizado por encima de estas estampas, pero espero que puedan servirle al menos de complemento. (*Misterioso*) Y aún hay algo más...

N: Deje que lo adivine: guarda usted algún retrato suyo anterior, quizá de su juventud.

S: (*Riendo y frotándose las manos*) ¡Ni más ni menos! ¡Que intuición tiene usted, *mademoiselle!* Lo tengo aquí, bien oculto, y muy pocas personas han tenido ocasión de verlo. Fue pintado antes de que yo cumpliese los veinticinco años... (*Lo saca de un cajón y se lo enseña*)

N: Me emociona, no puedo remediarlo. Así que éste es el paisaje tal como era antes de las batallas...

S: No, antes no, en todo caso en pleno combate. Recuerde que yo escribí la mayor parte de mi gran obra cuando aún no tenía muchos más años de los que usted tiene ahora. Pero mírelo bien..., ¿no le extraña nada en este retrato?

N: Pues no sé... Ha sido usted muy buen mozo, doctor.

S: Por favor, *mademoiselle*, no sea trivial para halagarme. Utilice su ojo certero de artista...